

«MUJER, HE AHÍ A TU HIJO»

Maternidad espiritual de María para con todos los fieles, según San Juan, XIX, 26-27.

Introducción.—Son altamente consoladores para todo corazón cristiano los progresos que en estos últimos tiempos ha realizado y está realizando la Teología Mariana. Tales progresos son debidos en gran parte a la creciente importancia que se ha dado y se va dando al llamado Proto-Evangélio (Gen. 3, 14-15). Queda aún, sin duda, mucho que hacer; y estamos convencidos que los futuros adelantos se han de obtener fecundando e iluminando el Proto-Evangélio con la Teología de San Juan y de San Pablo, que multiplican de un modo no sospechado su luz y su fuerza demostrativa.

San Juan, el discípulo amado de Jesús, el hijo predilecto de María, no podía menos de contribuir a la glorificación de su Madre. Los tres pasajes tan conocidos, pero cuya significación teológica dista mucho de haber sido agotada, es decir, el milagro realizado en Caná por la intercesión de María, las palabras que Jesús moribundo dirige desde la cruz a la Madre y al discípulo, y la gran señal de la Mujer en el Apocalipsis, son, cada uno en su género, de capital interés para la Mariología. Entre éstos el más importante, por lo menos el más popular, es el segundo. María al pie de la cruz queda constituida, con las palabras del divino Redentor, madre espiritual no solamente de Juan, sino también, en su persona, de todos los fieles. Así lo han enseñado en públicos documentos y con expresiones encarecidas los Romanos Pontífices, y así lo entiende y siente cordialmente el pueblo cristiano. En otros documentos bíblicos estará, si se quiere, expresada con mayor claridad y fuerza esta maternidad espiritual y universal de la Virgen Santísima; pero en ninguno de ellos seguramente está representada y como encarnada tan viva y dramáticamente, como en nuestro pasaje, esta dulce maternidad: de ahí el singular atractivo que ejerce en el corazón de los fieles. Pero, en el terreno científico, ¿puede tal interpretación sostenerse o

admitirse como rigurosamente exacta?; ¿es algo más que una piadosa acomodación?

Tal es la cuestión que ahora deseamos tratar. Si escribiésemos exclusivamente para los técnicos, apelaríamos a los términos técnicos de sentido propio y derivado, típico y literal, consecuente y acomodado, para dar a nuestra tesis toda la exactitud científica, que la materia requiere; pero, independientemente de estos tecnicismos, y acaso más claramente que con ellos, podemos formular así el problema, al alcance de todos: al decir Jesús a María, señalando a Juan: «Mujer, he ahí a tu hijo», y luego dirigiéndose al discípulo: «He ahí a tu Madre», ¿pensó realmente en nosotros y tuvo verdadera intención de representarnos y comprendernos en la persona de Juan? En otros términos: al constituir Jesús a María Madre de Juan y a Juan hijo de María, ¿quiso verdaderamente, en Juan y con Juan, darnos a María como Madre nuestra y hacernos a nosotros hijos suyos? Al lado del problema así formulado, creemos tienen importancia muy secundaria los términos técnicos de sentido típico o literal, de más difícil o sutil aplicación en este caso de lo que a primera vista parece. Decimos, pues, que las palabras del Salvador moribundo, en sentido propio y verdadero, sea típico o literal, se refieren no solamente a la persona de Juan, allí presente, sino igualmente a todos los fieles, presentes entonces en la mente y en el corazón del Redentor.

Vamos a tratar la cuestión desde el punto de vista exclusivamente exegético, o, si se quiere, de la Teología bíblica. Prescindiremos, por tanto, de los argumentos patristicos y de las declaraciones pontificias, que puedan corroborar nuestra tesis. Sabido es que no todos los intérpretes dan a las palabras del Salvador la significación propia que nosotros les atribuimos: con todo el respeto que se merecen estos insignes exégetas, creemos que, sin salir del terreno de la exégesis bíblica, se puede demostrar que verdadera y propiamente Jesús con estas palabras constituyó a María Madre espiritual y universal de los fieles, no por mera acomodación o extensión, sino por inmediata y formal designación. Y confesamos que nos parece ser tal la fuerza de las razones, que da a nuestra tesis verdadera certeza moral.

Para proceder por orden y por grados, dividiremos nuestra demostración en tres partes: en la primera, probaremos que las palabras de Jesús establecen entre María y Juan verdadera relación de maternidad y filiación;—en la segunda, que esta maternidad es de orden espiritual;—en la tercera, que lejos de agotarse en Juan, esta maternidad alcanza a todos los fieles: Madre de Juan, Madre espiritual, Madre universal.

I. María, Madre de Juan.

Al afirmar que María quedó constituida Madre de Juan, y Juan igualmente hijo de María, queremos decir que Jesús al dar a Juan el amoroso encargo de mirar y tomar como suya a su divina Madre, no se limitó a confiar meramente al discípulo amado el cuidado temporal de la Madre afligida, que con la muerte del Hijo iba a quedar en la soledad y abandono; sino que estableció y creó entre ambos verdaderos vínculos de maternidad y filiación, dando a María corazón de Madre para con Juan, y a Juan corazón de hijo para con María. Para convencerse de ello creemos que son decisivas las siguientes consideraciones.

Primeramente, si Jesús hubiera juzgado oportuno tomar alguna providencia para dejar a su Madre convenientemente atendida, indudablemente la hubiera tomado antes, por ejemplo, en el cenáculo. Tiempo y ocasión, más a propósito que la hora presente, había tenido allí el divino Maestro, cuando el discípulo amado estaba reclinado sobre su pecho y su Corazón.

En segundo lugar, para tal encargo jamás hubiera empleado el Salvador expresiones tan solemnes, tan elevadas, casi poéticas, y dos veces repetidas: «Mujer, he ahí a tu hijo»; Juan, «he ahí a tu Madre»; se hubiera limitado a decir, como el piadoso samaritano de la parábola al mesonero: «Curam illius habe...» (Luc. 10, 35): «Juan, toma a tu cuidado a mi madre». Además, las palabras del Maestro, tomadas en su sentido propio y natural, como hay que tomarlas, siempre que poderosas razones no nos obligan a lo contrario, hablan clara y terminantemente de «Madre» y de «hijo», de maternidad y de filiación: luego en este sentido hay que entenderlas, y no de un mero encargo temporal.

En tercer lugar, tal providencia era enteramente superflua; pues semejante cuidado lo tenían ya los llamados «hermanos y hermanas» de Jesús, con quienes vivía su divina Madre. Y si de algún nuevo socorro tuviera aún necesidad, allí estaba con ella junto a la cruz su propia hermana, María de Cleofás, que hasta entonces había socorrido con sus recursos al Maestro; y, según los Sinópticos, estaban allí también Salomé, la propia madre de Juan, y María Magdalena, cuyo amor al Maestro y cuya fina amistad con su Madre mirarían como un favor y una dicha poner a disposición de María sus recursos, que no parece eran escasos.

En fin, Jesús durante los tres años de su predicación evangélica no había tenido de su divina Madre este cuidado de proveerla en las cosas temporales; sino que, dejando semejante cuidado a sus parientes, él se entre-

gó de lleno a las cosas de su Padre celestial. Luego no tenía por qué señalar a Juan como sustituto suyo para atenciones temporales y terrenas, que él había confiado enteramente a la providencia divina.

Luego María desde este momento queda constituida Madre de Juan, y Juan queda hecho hijo de María. Pero no basta esto. Esta maternidad y esta filiación no son meramente adoptivas, de orden humano y terreno, cuales eran las adopciones vulgares, usadas entre los Judíos y entre los Romanos; sino que, levantándose a inmensa altura sobre estos vínculos jurídicos vulgares, pertenecen a un orden superior, al orden divino de la gracia. Las palabras de Jesús hacen a María Madre espiritual del discípulo amado.

II.—María, Madre espiritual.

Una maternidad vulgarmente adoptiva hubiera sido un vínculo de parentesco meramente natural y terreno. Ahora bien, es absolutamente inadmisibles que, en aquellos momentos solemnes, el Maestro celestial hubiera consagrado con palabras de tanta majestad un parentesco puramente humano y vulgar. En efecto, ¿cuál fué el pensamiento de Jesús, cuál su estima y aprecio, de los vínculos de parentesco meramente natural? Por fortuna, abundan en el Evangelio los testimonios de aquel soberano desprendimiento y despego que sentía Jesús hacia los vínculos de orden puramente humano y natural, aun para con su propia Madre. Ya las primeras palabras que de Jesús nos han conservado los Evangelios, palabras ciertamente dirigidas a su Madre santísima después de tres días de mortal angustia, muestran claramente cuán libre estaba su divino Corazón de todo apego a la carne y sangre: «¿Cómo es que me buscáis? ¿No sabíais que yo me he de emplear en las cosas de mi Padre?» (Luc. 2, 49.) Más severas son aún, en apariencia, aquellas otras con que respondió en Caná de Galilea a su Madre, que le pedía un milagro: «¿Qué tienes que ver conmigo, Mujer?» (Ioan. 2, 4.) De carácter más general, pero no menos expresivas, son otras declaraciones del Divino Maestro, conservadas por los tres Sinópticos (Mat. 12, 46-50; Marc. 3, 31-35; Luc. 8, 19-21). He aquí la pintoresca narración de San Marcos: «Llegan su Madre y sus hermanos, y quedándose fuera le envían un recado en que le llamaban. Estaba sentada en torno de él gran multitud. Dícenle, pues: —Mira que tu Madre y tus hermanos y tus hermanas están fuera y te buscan. Él respondiéndoles dice: —¿Quién es mi madre, y quiénes mis hermanos? Y echando en torno una mirada a los que estaban sentados en círculo alrededor de él, dice: —He aquí mi Madre y

mis hermanos. Quienquiera que hiciere la voluntad de Dios, éste es mi hermano y mi hermana y mi Madre.» O, como dice por San Lucas: «Mi Madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios y la cumplen.» Por fin, a aquella buena mujer, que llamó bienaventurado el seno de la Madre que le llevó, y los pechos que le amamantaron, respondió el Salvador: «Artes bien son bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan» (Luc. 11, 28). Es, pues, inverosímil que Jesús, después de haber mostrado en toda su vida tan poco aprecio del parentesco puramente natural, ya próximo a la muerte, en aquellos momentos tan solemnes, hiciese de él tanta cuenta. A los que entendiesen la maternidad de María como un vínculo puramente humano, podría decir Jesús aquellas mismas palabras con que reprendió la grosera inteligencia de los Cafarnaítas: «El espíritu es el que vivifica: la carne nada aprovecha: las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida» (Joan. 6, 63). No iba Jesús en aquellas horas supremas a retractar enseñanzas tan categóricas y personales.

La misma solemnidad y tono casi poético de las expresiones, notados anteriormente, no eran muy a propósito para crear lazos de parentesco puramente humano y en cierta manera ficticio. Cierto, no se resienten de sequedad o frialdad jurídica aquellas palabras tan delicadamente expresivas, «Mujer, ahí tienes a tu hijo»; discípulo mío a quien amo, «ahí tienes a tu Madre». Compárense estas expresiones con aquéllas otras: «He aquí el hombre», «Aquí tenéis a vuestro Rey». (Joan. 19, 5, 14), que en la intención de Pilato, que las profiere, y más en la del Evangelista, que las consigna: están preñadas de altísima significación y profundo sentimiento. El mismo callar el nombre de Juan, para designarle con la expresión de «discípulo a quien amaba» Jesús, contribuye a reforzar el carácter sagrado y como tonalidad espiritual de las palabras del Maestro moribundo. Además, las circunstancias, todas de orden espiritual y sobrenatural, excluyen una interpretación de tan bajos quilates, como sería la creación de vínculos humanamente jurídicos. Cuando se está realizando la redención humana, cuando el pensamiento y el corazón del Redentor están enteramente absorbidos por este negocio divino, cuando todo lo que dice y hace mira exclusivamente a la glorificación de Dios y a la salvación de los hombres, no es verosímil se distrajese el Salvador de la obra encomendada por su Padre celestial para emplear su atención en un asunto tan humano. En aquellos supremos momentos en que su divino Corazón se estaba abrasando y consumiendo de amor, el Maestro celestial no podía anudar los corazones de la Madre y del discípulo con otros lazos que los de la maternidad y filiación celestial y espiritual. Al tomar de su propio Corazón el fuego de amor, que iba a in-

fundir en los corazones de María y de Juan, Jesús no halló otro amor que comunicáreles, sino el amor divino en que él se abrasaba.

No carece de fuerza otra consideración. Estaba allí presente Salomé, la madre de Juan. Hacer a Juan hijo adoptivo de María era desligar o aflojar los lazos filiales que le unían a Salomé; era quitárselo a su madre para darlo a otra mujer. Esto, hecho en presencia de la madre natural, tiene no sé qué de poco delicado. Si se trata, en cambio, de maternidad espiritual, la cosa cambia enteramente de aspecto. Los lazos espirituales pueden añadirse a los naturales sin desatarlos o aflojarlos. Como años antes había abandonado a su padre Zebedeo para seguir a Jesús, así ahora Juan podía dejar a su madre Salomé para consagrarse al servicio y obsequio de María: porque en uno y otro caso el amor filial no cedía su lugar a otro afecto del mismo orden humano, sino que, conservándose íntegro, quedaba subordinado a otros sentimientos de orden superior y divino.

Lo dicho hasta aquí parece demasiado claro, para que insistamos tanto en su demostración. Así es, en verdad. Pero era menester dejar previamente asegurados estos dos puntos, para concentrar toda la fuerza de la argumentación en el punto que pudiera parecer más flaco o controvertible de nuestra tesis: en la universalidad de esta maternidad espiritual de María.

III.—Maternidad universal.

María es Madre de Juan, y Madre espiritual; pero esta maternidad no se limita a solo el discípulo allí presente, sino que se extiende a todos los discípulos de Jesús, representados y como incluidos en la persona de Juan. Tal es el hecho de la maternidad universal, porque tal fué el pensamiento de Jesús, y tal la intención del Evangelista al relatar el hecho. Para demostrarlo se ofrecen cuatro géneros de razones, que parece conveniente tratar distintamente por este orden: 1) análisis verbal, 2) contexto próximo, 3) contexto remoto, 4) contexto teológico.

1. Análisis verbal del pasaje evangélico.

Las expresiones que emplea el Evangelista para dar a conocer la maternidad espiritual de María sugieren también su universalidad. Primeramente, el sentido de las palabras «Mujer», «discípulo, a quien amaba», admiten un sentido general. Además, el tono de las expresiones y la índole de las personas son de suyo aptísimas para la significación universal, y parece que la reclaman. Por fin, el misterio encerrado en la repetición casi

rítmica y en la majestad augusta de las palabras del Redentor, misterio señalado como con el dedo por la interjección «Ecce», «he ahí», no queda agotado con sola la maternidad respecto de Juan; parece insinuar algo más, que no puede ser otra cosa que la amplitud universal de esta maternidad.

Este análisis verbal prueba la posibilidad y conveniencia de la universalidad que hemos atribuido a las palabras del Salvador; el hecho lo probarán positivamente las razones siguientes:

2. Contexto próximo.

Lo que precede y lo que sigue al pasaje que estudiamos está lleno de símbolos de significación espiritual y universal. El título de la cruz, las tres lenguas en que está redactado y la firmeza de Pilato en mantener lo escrito, no limitan su significación al solo sentido histórico. Más significativo es aún para el Evangelista el sorteo de los vestidos de Jesús, principalmente el de su túnica inconsútil. Menos todavía carece de significación la sed del Salvador, manifestada para el cumplimiento de la Escritura. Pero nada tan significativo y simbólico, como la lanzada del costado, la sangre y el agua misteriosas que de él manan, en vez del quebrantamiento de las piernas. Ahora bien, la nueva maternidad de María, tan solemnemente proclamada, ocupa como el centro de todos estos símbolos relacionados con Cristo crucificado. Luego no ha de ser menos significativa que los demás símbolos que la rodean. Y es de notar aquí que la espiritualidad de esta maternidad no agota la significación simbólica del pasaje;—mejor dicho, perteneciendo al sentido literal e inmediato de las palabras, no puede ser término de la significación simbólica, sino su base o condición. El único símbolo, que aquí puede intervenir, es la persona de Juan, en cuanto representa y encarna en sí la persona de todos los fieles discípulos del Salvador. De donde, finalmente, se sigue que todos los fieles, simbolizados en Juan, participan de su espiritual filiación respecto de la Virgen Santísima.

Otros indicios confirman positivamente esta significación simbólica. Inmediatamente después de la declaración: que «Desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa», añade el Evangelista: «Después de esto, sabiendo Jesús que todas las cosas estaban ya bien cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo: «Tengo sed» (Joan. 19, 28). Donde la maternidad de María parece entra en el número de las cosas que el Redentor había de cumplir en la cruz en orden a la salud universal, lo cual supone la

universalidad de esta maternidad. Por fin, como complemento de todas las escenas de la cruz, concluye el Evangelista con aquella solemne atestación: «Quien lo ha visto, ha dado testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis» (Joan. 19, 35); atestación que, como las repetidas posteriormente (Joan. 20, 31; 21, 24), no se limita al pasaje que precede inmediatamente, ni al sentido histórico y exterior, sino abarca todas las escenas del Calvario y reconoce en ellas una significación espiritual y universal, objeto de la fe.

3. Contexto remoto.

Llamamos aquí contexto remoto, no tanto los pasajes más remotos del Cuarto Evangelio, sino más bien su tendencia, su espíritu y su índole literaria. Dos cosas llaman poderosamente la atención en el Cuarto Evangelio: la universalidad y como transcendentalidad de miras, tanto del Evangelista, como del mismo Salvador,—y su continuo simbolismo. Ahora bien, cualquiera de estas dos propiedades,—más las dos juntamente,—aplicadas a la maternidad espiritual de María, son prueba decisiva de su universalidad.

La universalidad de miras del Evangelista aparece claramente en aquella declaración a que poco antes hemos aludido: «Estas cosas han sido escritas para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que creyendo alcancéis la vida en su nombre» (Joan. 20, 31). Si la maternidad de María fuese para Juan una ventaja o un consuelo meramente personal, apenas hallaría cabida dentro de este plan universalista.

Más clara es todavía la universalidad de miras del Salvador. Basta para convencerse, recordar aquellas palabras de su oración sacerdotal: «No ruego por éstos solamente, sino también por aquéllos que, por medio de su palabra, crean en mí, a fin de que todos sean una misma cosa, como tú, Padre, estás en mí, y yo en ti, que también ellos estén en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste» (Joan. 17, 20-21). No sé qué secreta afinidad existe entre la recomendación amorosa que hace a su Madre de todos los fieles, representados en Juan, con aquella otra que poco antes, en esta misma oración, hace de ellos a su Padre celestial: «No ruego por el mundo, sino por los que me has dado, pues son tuyos... Ya no estoy en el mundo; pero ellos quedan en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, guárdalos en tu nombre... Cuando estaba con ellos, yo los guardaba en tu nombre... Mas ahora voy a ti» (Joan. 17, 9-13). Además, como desea para sus discípulos la participación de su unión con el Padre y de su fi-

liación divina, no es de maravillar que también les quiera hacer participantes de su filiación para con su Santísima Madre.

Mas, si hemos de confesar sinceramente nuestro sentir, creemos que la razón principal de nuestra interpretación universalista es el continuo simbolismo del Cuarto Evangelio. Es tan patente y característico este simbolismo, que muchos críticos heterodoxos modernos han visto en él un argumento para negar la historicidad del Evangelio de San Juan. Consecuencia, sin duda, errada y arbitraria; pues simbolismo no es lo mismo que metáfora o alegoría, y se compadece perfectamente con la verdad histórica que, lejos de destruir, mas bien la supone y estriba en ella. Pero, si la consecuencia es inadmisibile, el simbolismo en que la fundan, no es por eso menos manifiesto y aceptable. Para convencernos, recorramos brevemente los principales rasgos simbólicos del Cuarto Evangelio.

Ya el primer milagro del Salvador, obrado en Caná de Galilea (Ioan. 2, 1-11), está lleno de simbolismos. Las bodas, honradas con la presencia de Jesús; símbolo del matrimonio cristiano y del místico desposorio de Cristo con la Iglesia; la intervención de la Madre en aquella primera manifestación de la gloria y de la bondad de Jesús,—intervención poderosísima que adelanta la hora divina,—símbolo de su mediación universal; y sobre todo, la conversión del agua en vino, símbolo de la sangre eucarística y del banquete celeste (1).

Poco después, aquellas misteriosas palabras: «Destruíd este Santuario, que yo en tres días le levantaré» (Ioan. 2, 19), con que respondió el Salvador a la demanda de los judíos, si en sí mismas son alegóricas, suponen empero y como señalan en el Santuario, que allí tenían presente, una significación simbólica. Como también aquellas otras palabras del Bautista, varias veces repetidas, «He aquí el Cordero de Dios» (Ioan. 1, 29. 36), si son propiamente alegóricas, suponen a su vez que los corderos sacrificados en el templo, en honor de la majestad divina, eran símbolo de este único Cordero de Dios. Con lo cual revela el Evangelista, en conformidad con el Apóstol en la Epístola a los Hebreos, que todo el culto de Israel, su templo y sus sacrificios, eran símbolo del único sacrificio de la Nueva Alianza, en que el Sumo Sacerdote era juntamente víctima y santuario.

En la entrevista de Jesús con Nicodemo (Ioan. 3, 1-21), echa mano el Maestro de los símbolos, para revelar al vacilante fariseo los misterios de la Redención. La brisa que probablemente entonces mismo soplabá, es

(1) V. Leopoldo Fönck, *I miracoli del Signore*, 86. Roma, 1914, páginas 222-225.

para Jesús un símbolo, tan bello como expresivo, de la inspiración del Espíritu Santo (Ioan. 3, 8). Y la serpiente de metal, que Moisés levantó en el desierto, es un símbolo, asombrosamente exacto, del Redentor crucificado.

La escena interesantísima de Jesús con la mujer samaritana, junto al pozo de Jacob, abunda también en simbolismos. La fuente, que brotaba limpia y abundante en el fondo del pozo, era para Jesús símbolo del agua viva, que él ofrecía, agua que extingue la sed eternamente, fuente que salta para la vida eterna. Aun en la comida, que entonces le presentaban los discípulos, veía el Salvador un símbolo de otro manjar superior, que es, cumplir la voluntad divina. Y aquellos campos de trigo en berza, que tenían allí presentes a su vista, y de los cuales estaban hablando los discípulos, sirvieron a Jesús de fundamento para señalar a los Apóstoles otros campos, cuyas mieses estaban ya blancas y maduras para la siega.

Pero, acaso, ningún símbolo tan manifiesto y expresivo como la primera multiplicación de los panes (Ioan. 6, 1-15), que de tantas maneras y con tan sorprendente propiedad prepara la gran promesa de la Eucaristía, que llena toda la segunda parte del mismo capítulo (6, 22-71), y anuncia su misericordiosa realización. Basta haber indicado este maravilloso simbolismo, pues es bastante conocido. Tampoco está desprovisto de intención simbólica el milagro de caminar Jesús sobre las aguas del lago, que entre la multiplicación de los panes y el discurso eucarístico refiere el Evangelista (6, 16-21). Ciertamente, aquel dominio de Jesús sobre las leyes de la materia, aquella especie de espiritualidad de que gozaba su divina carne, eran muy a propósito para hacer creíbles los estupendos milagros que acompañan el sacramento eucarístico (1).

Medio año más tarde, la fiesta de los tabernáculos ofrecía a Jesús dos símbolos que él supo aprovechar maravillosamente. El agua de la fuente de Siloé, que todas las mañanas traía el sacerdote en un ánfora de oro y derramaba sobre el cuerno del altar, sirvió a Jesús para simbolizar el Espíritu Santo y dió ocasión a que clamase: «El que tiene sed, venga a mí, y beba. El que creyere en mí, ríos de agua brotarán en su corazón» (Ioan. 7, 37-39). Y aquellos dos enormes candelabros, que durante la noche iluminaban el atrio de las mujeres, los tomó Jesús como símbolo de otra luz más esplendorosa. «Yo soy la luz del mundo —exclamó—; quien me sigue, no andará en tinieblas, mas tendrá la luz de la vida» (Ioan. 8, 12).

La curación del ciego de nacimiento y la resurrección de Lázaro, que llenan casi enteramente los capítulos IX y XI del Cuarto Evangelio, son

(1) Fonck, l. c., 158, págs. 419-421.

para el Maestro y para el Evangelista dos símbolos de trágica grandeza y de alcances maravillosos. La fe y adoración del pobre ciego curado hacen exclamar al Salvador: «Para juicio vine yo a este mundo: para que los que no ven, vean, y los que ven, se cieguen» (Ioan. 9, 39). Y después de prometer a Marta la resurrección de su hermano, profiere Jesús aquellas magníficas palabras, cuya verdad iba a hallar un verificativo y un símbolo en el más estupendo de sus milagros: «Yo soy la resurrección y la vida: quien cree en mí, aun cuando muriere, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás» (Ioan. 11, 25).

Por fin, para no hacernos interminables, en el acto de lavar los pies muestra el divino Maestro a sus maravillados discípulos un símbolo conmovedor de la humildad y caridad con que deben servirse unos a otros (Ioan. 13, 12-15). Y en las vides, que a lo que parece, tenía a su vista el Salvador en su camino al Huerto, después de la última cena, descubrió un símbolo bellísimo de la necesidad que tenemos de nuestra unión con él y de su influjo vital sobre nosotros, para poder llevar frutos de vida eterna en nosotros mismos y en los demás (Ioan. 15, 1-16).

Después de todo esto, ocurre preguntarse: ¿esta tendencia tan marcada y característica del Cuarto Evangelio hacia los símbolos, no es garantía suficiente de la significación simbólica y universal que atribuimos a las palabras de Jesús a su divina madre y a su discípulo predilecto? La aptitud intrínseca de estas palabras y de toda la escena para encarnar en sí el símbolo, y el ambiente de simbolismo, así próximo como remoto, en que se desarrolla, nos parecen argumento más que probable, más que suficiente, de nuestra interpretación simbólica y universal.

Mas, en fin, si esta maternidad universal de María fuera una verdad desconocida, que no tuviese otro fundamento que el simbolismo de esta escena, habría motivo para dudar de su solidez; pero, afortunadamente, esta verdad tiene en otros testimonios bíblicos su más firme demostración. Así que, muy lejos de ser un obstáculo para nuestra tesis, esta verdad es, al contrario, su confirmación extrínseca.

4.—Contexto teológico.

Por contexto teológico entendemos el conjunto de razones teológico-bíblicas, que demuestran la universalidad de la maternidad espiritual de María. No es de este lugar exponer en toda su amplitud estas razones. Las de carácter más general, aunque son precisamente las más convincentes, las insinuaremos solamente. Con alguna mayor detención expondremos las que se refieren más derechamente al pasaje que estudiamos.

Entre las razones generales, tres son, a nuestro juicio, las más eficaces. La primera se funda en el Proto-Evangelio, iluminado por San Pablo. María es la Mujer, Madre de la «Descendencia», que ha de quebrantar la cabeza de la serpiente. Esta «Descendencia» es el Nuevo Adán de San Pablo, que representa, encierra y como concentra en sí a toda la Nueva Humanidad. Luego María es Madre de toda esta Nueva Humanidad.—La segunda está tomada exclusivamente del Apóstol, y es de una precisión matemática. Prueba San Pablo contra los Judíos que todos los fieles son hijos de Abraham. La «Descendencia» de Abraham, dice, es una, y ésta es Cristo. Por otra parte, todos los fieles están en Cristo, están revestidos de Cristo, son miembros de Cristo. Luego todos están comprendidos en la «Descendencia» del gran Patriarca. Por semejante razón, aunque muchísimo más poderosa, todos los fieles por estar en Cristo, que es «Descendencia» de María, más entera y perfectamente que de Abraham, son por ello «Descendencia» e hijos de María.—La tercera es como la expresión metafísica de las dos precedentes. Todos los fieles forman con Cristo y en Cristo un solo cuerpo místico, un solo Cristo. Su unión con Cristo no es algo accidental y sobrepuesto, sino el objeto mismo y fin de la encarnación y redención. Y es tan estrecha esta unión, que, como Cristo es complemento de los fieles, así, a su modo, los fieles son complemento de Cristo; como la cabeza es complemento de los demás miembros, y éstos lo son de la cabeza. Ahora bien, así como María es y se llama madre Dios, no porque engendre directamente la misma divinidad, sino porque la generación termina en la persona, y ésta es divina, de semejante manera es Madre del Cristo místico, que forma una persona moral. Como la primera maternidad hace a María Madre física de Jesús, Hijo de Dios, la segunda la hace Madre espiritual de la persona moral del Cristo místico, y consiguientemente, de todos los fieles en él comprendidos.

En el Calvario, al pie de la cruz, estas razones revisten una fuerza especial. Según el Proto-Evangelio, confirmado por la Teología de San Pablo, María es, no solamente la Madre física de la persona de Jesús, sino que es Madre del Redentor como tal, del Redentor íntegro, del Redentor en el oficio y acto de redimir a los hombres, aplastando la cabeza de la serpiente y recibiendo en su planta la mordedura mortal de la misma serpiente. Siendo así, junto a la «Descendencia» de la Mujer, en el momento decisivo y supremo de su lucha con la serpiente infernal, junto al «Nuevo Adán» en el acto de obedecer al Padre hasta la muerte, y muerte de cruz, no podía faltar la «segunda Eva», la corredentora de los hombres, la madre de los vivientes. Junto a la cruz, de pie, nos la presenta, en efecto,

San Juan. Entonces se va a consumar nuestra unión «en Cristo Jesús»; entonces, por tanto, quedamos comprendidos en la «Descendencia» de la Mujer e incorporados en el Nuevo Adán; entonces fuimos hechos hijos de María. ¿Qué cosa más oportuna que declarar entonces solemnemente esta maternidad espiritual de la Nueva Mujer? Pues entonces precisamente es cuando Jesús, dirigiendo su palabra a su divina Madre, exclama: «Mujer, ahí tienes a tu hijo»; y luego, volviéndose al discípulo, añade: «Ahí tienes a tu Madre». Esta maternidad, en tales circunstancias, no es, ni puede ser, otra que la maternidad espiritual y universal de la Mujer para con todos los fieles. «Mujer»: Esta palabra, que a algunos ha parecido extraña, era la más a propósito que el Redentor podía dirigir a la Segunda Eva, a la «Mujer», anunciada en el Proto-Evangelio, y que entonces, a los ojos del cielo y de la tierra, se presentaba como la «Mujer», «Madre» de la «Descendencia» victoriosa, Madre del «segundo Adán», Madre de la Nueva Humanidad regenerada.

¡Misteriosas y providenciales coincidencias! La única vez que el Apóstol habla de María, y ciertamente en relación con nuestra filiación adoptiva respecto del Padre y respecto de la misma Virgen, la llama simplemente la «Mujer». Y el mismo San Juan, en el Apocalipsis, no da otro nombre a la Madre del Redentor que el de «Mujer». Esta «gran señal, aparecida en el cielo», junto al Redentor, de frente al dragón infernal, es la «Mujer» del Génesis, y no menos es también la «Mujer» del Evangelio, de pie junto a la cruz del Redentor, partícipe de su hostilidad y de su lucha contra el príncipe de las tinieblas. Y como en el Proto-Evangelio y en el Apocalipsis, en el primero y en el último documento de la Escritura que hablan de María, aparece como Madre universal de toda la «Descendencia», así igualmente la «Mujer» del Evangelio es la Madre, en la persona del discípulo amado, de todos los fieles discípulos del Redentor.

Este doble título de Madre del Redentor y Madre de los redimidos, explica por qué siempre en los momentos más importantes y decisivos de la Redención aparece María. En la primera promesa del Edén es la «Mujer», Madre de la «Descendencia». La Encarnación y la Natividad del Redentor son los dos momentos principales de su maternidad divina, y son juntamente la primera realización de los planes divinos de la Redención humana. En las primeras manifestaciones a los Pastores y a los Magos, la Madre se halla al lado del Hijo. Y lo que más es, la primera santificación obrada por Jesús y su primer milagro se realizan con la intervención de María. Por fin, en el gran día de Pentecostés, el primer día en que la Iglesia se manifiesta a la faz del mundo maravillado, allí está María orando con

os Apóstoles e impetrando la venida del Espíritu divino. Según esto, tampoco en el Calvario, cuando se consumaba la Redención, podía faltar María. Y no faltó. Y al realizarse allí, en la plenitud de los tiempos, la profecía y promesa primera anunciadas al Primer Adán y a la Primera Eva en el Paraíso, ella, al pie del árbol de la vida y junto al nuevo Adán, apareció como la Segunda Eva, la «Mujer» Madre de la «Descendencia». Y las augustas palabras del Redentor moribundo: «Mujer, ahí tienes a tu hijo»; discípulo de mi Corazón, «ahí tienes a tu Madre», son un eco y un cumplimiento de las consoladoras palabras del Edén.

JOSÉ M. BOVER.

